

Balcones Azules
(Antología poética 1984)

Carmelo Vera Saura
Bartolomé Nieto Munuera
Cati Martínez Sáez
Juan Antonio Rubio Saura
Alfonso Lorente Esteban
Antonio Marín Albalate

Colección Baños del Carmen

Carmelo Vera Saura
Bartolomé Nieto Munuera
Cati Martínez Sáez
Juan Antonio Rubio Saura
Alfonso Lorente Esteban
Antonio Marín Albalate

Balcones Azules
(Antología poética 1984)

EDICIONES VITRUVIO
Colección Baños del Carmen,
nº 990

www.edicionesvitruvio.com

Primera edición, 2024

© Carmelo Vera Saura, Bartolomé Nieto Munuera,
Cati Martínez Sáez, Juan Antonio Rubio Saura,
Alfonso Lorente Esteban, Antonio Marín Albalate.

© Ediciones Vitruvio

C/ Menorca, nº 44

28009

Madrid

Tlf: 91 573 21 86

ediciones vitruvio nº 1630

ISBN: 978-84-127938-9-5

Quinta del 84

Fue Carmen, la mujer de Tolo (Bartolomé Nieto), la que me comentó en abril de 2010, cuanto Tolo nos deleitó con la charla del cartagenero del año en el edificio histórico del Ayuntamiento de Cartagena, que nuestro grupo de amigos poetas éramos la “Quinta del 84”. Yo asentí con la cabeza sin pararme a pensar, y no tuve el tiempo ni el valor de preguntarle el porqué de la elección de ese año y no de otro contigo. Más tarde, a solas, seguí pensando en ello, y terminé creyendo que esa era una fecha que simbolizaba a un grupo de veinteañeros locos por la poesía. Así que mi curiosidad empecinada en ese caso no hurgó para saber, me quedé con la duda contento de un año que me traía recuerdos venturosos. Cuando Tolo se nos fue en 2014 a causa de la maldita ELA tampoco me interrogué por la cuestión de la quinta del 84. Ha sido cuando se nos ha ido Cati (Catalina Martínez) en 2021 por otra maldita y ubicua enfermedad, cuando, al volver a ver mis polvorientos papeles de juventud para recordar algunos de sus poemas, busqué aquella antología de poemas que algunos amigos habíamos seleccionado en 1984 en la

que Cati figuraba, y fue entonces cuando adquirí conciencia de aquella frase de Carmen, sorprendiéndome a mí mismo de las trampas de la memoria y visualizando 1984 como año emblemático de aquel grupo de amigos unidos por el verso. La juventud, la amistad, la poesía, la vida.... y también la muerte han revoloteado sin descanso en mi conciencia estos casi cuarenta años. Y es que entre Tolo y Cati, se nos fue en 2017, como el rayo, otro de los amigos poetas, Alfonso Lorente, cuando sin saber por qué y contra natura, su corazón, que siempre había sido el más empático de todo el grupo, dejó de latir.

La prehistoria de esta quinta nació en 1978, cuando algunos de ellos, Antonio Marín, Juan Antonio Rubio, Alfonso Lorente, Carmelo Vera, junto a otros (Pepe Torres, Jerónimo Noguera, Juana M. Bernal...) diletantes del arte y de la escritura nos reuníamos en uno de los locales de Radio Juventud (aún existente en el Paseo Alfonso XIII) de Cartagena para intentar lanzar de manera casera una revista literaria llamada *Táfora*, de la cual sólo se dio a conocer el primer número, en primavera de 1979, y cuyo nombre por aféresis lleva a la metáfora como vehículo poético por excelencia. La revista naufragó en cuanto echó a andar, pero la amistad

poética y humana perduró y perdura hasta hoy. A ese grupo de amigos se adhirieron los demás aquí presentes, hasta que en 1984 decidimos enviar un puñado de poemas de cada uno en forma de antología para ver si la editora Regional de Murcia la aceptaba en sus prensas. Creo recordar que fui yo quien personalmente lo entregó en la oficina editorial de Murcia, pero nuestra espera fue en vano. Nunca hubo respuesta a esa antología que habíamos llamado *Balcones azules*, en honor a esa calle donde se ubicaba el bar Arlequín, lugar de música y encuentros en la Cartagena de los ochenta, aunque también habría podido llamarse *Balcones eróticos*, porque el motivo del deseo envuelve a la mayor parte de los poemas.

Pero, por ironía del destino, ese mismo 1984 son premiados tres de los amigos del grupo en el Premio Murcia Joven de Literatura, modalidad poesía: Antonio Marín, Alfonso Lorente y Juan Antonio Rubio, cuyos poemas fueron publicados en el volumen: *Murcia Joven 84/85*, de la Editora Regional. Es decir, que 1984 figura como año del primer reconocimiento del grupo, y nunca lo había pensado hasta que me puse a escribir estas líneas. 1984 fue la decepción de *Balcones azules* y la irrupción en la poesía murciana de algunos de esos

mismos poetas cartageneros. En 1985 tuve la suerte de ser uno de los premiados en el mismo Premio, cuyos poemas fueron publicados en *Murcia Joven 85/86*. Después de estos hitos iniciales Antonio y Carmelo fuimos antologados en *Voces penúltimas* de 1986 de la misma editora, y en 1993 Antonio, Carmelo y Alfonso lo fuimos en *Murcia. Antología general poética*, reunida, como la anterior, por Santiago Delgado.

De los seis de la quinta del 84 el más prolífico ha sido Antonio Marín Albalate, que desde 1987 a 2022 ha publicado entre plaquettes y libros, casi una cuarentena, además de coordinar varias antologías, estudios y homenajes a varios cantautores. Ha sido el más ágrafo y al mismo tiempo el más letraherido. Su poesía nace de la pérdida y del deseo, del dolor más sombrío y del deseo más erotómano. La pasión ninfulasta atraviesa toda su poesía, y estos poemas lo son por antonomasia, pero aún no han llegado al expresionismo y sucio-realismo que lo embargará en el futuro. Ahora su pasión lo transporta por metaforismos, deseos incumplidos, tiempos muertos, sueños sin tiempo de cuerpos imposibles, entre la vida y la muerte, que se debaten entre lo cándido y lo teratológico (“besos como perros”, “caricias como almohadas”), para deslizarse al final entre

imágenes baudelaireanas (“el filo/de tu placenta/desamaba”, “sólo pedía la inmortalidad/de mis gusanos en ti”) de feísmo amoroso y de amor furtivo (*Cuerpo nocturno*). Ya desde sus inicios conviven en él dos poetas en uno: el buscador del dulce amor y el que encuentra los lodos del amor.

Tolo Nieto continuó su aventura poética tan callado, dando a la imprenta en los diez últimos años de su vida *Del laberinto al treinta* (2004), *Ribera de la Entropía* (2006), *Juglaría (Minstrelsy)* (2007), *La Estirpe del Aire* (2014) y *Noches de Quart Hadasht* (2014). El mundo, el amor o la vida, ya eran inasibles para el joven Tolo del 84, de modo que la belleza es casi inaprehensible (*Cumbre*), la vida parece estar desierta y con restos de haber intentado vivir (*Como una música perdida de jazz*), la voz del amor o del deseo resuenan en una “tarde que no ha sido” (*Tu voz*) o en la “barca triste de un cisne”, que parece ser el último canto del poeta (*anuncios por palabras*), o en el eros de intermedio musical. Intenta “torcerle el cuello” al Bécquer amoroso en *Pero...es tan hermosa! (Bécquer)*”, empero más allá de esta erótica existe un vacío, una imposibilidad de ser, de habitar un centro, y toda esa imposibilidad de aprehender el mundo estará en su *Estirpe del aire* (2014),

su libro más conseguido, escrito en torno a 2010, publicado meses antes de irse de este mundo.

Ignoramos si Cati Martínez continuó escribiendo tras el derrotado intento de publicación de esta antología en 1984. Parece que no y perdimos su palabra. Su mundo poético está forjado de incesante imaginaria sensual, de muselinas, terciopelos, tibiezas, caricias invisibles, como si la vida-juventud fuese una irrefrenable película de figuras que viven en un tiempo interminable de languideces y pasiones amorosas, de adolescencia interminable (*Bellos, los infantes*). Esta ensoñación de la sensualidad vive en un tiempo humano y mítico marcado por atardeceres y amaneceres en continua sucesión sin cese ni estridencias, en interminable languidez (*En el recodo del lánguido cuello*). Esta sensualidad se hermana con la muerte en dulce connubio (*Muerte, deja tu nombre desgarrado*), hibridando la figura realista de una muchacha con su evanescente disolución en la oscuridad bajo el sol. Habitada desde joven por el arte cinéfilo y visual sus versos mezclan imágenes del séptimo arte con otras vividas u oníricas, latentes de sentimiento amoroso que se dibujan como “Sublime armonía de la naturaleza/caprichosa”, para

convertirse finalmente en eros tanático con la imagen de la mariposa que, como psicopompo, la “eleva entre sus alas” al mundo de ultratumba (*La luna está redonda*) hasta un nuevo renacer con la primavera (“hasta que/renazca la vida entre las flores”).

Juan Antonio Rubio había sido el promotor de la revista *Táfora*, pertenecía al grupo cultural Alameda y nos agrupó para hacer algún artefacto poético en la Cartagena industrial y militar de la transición. Aunque sabemos que ha continuado escribiendo no ha recogido sus poemas en ningún libro, y quizá debiera haberlo hecho, o debiera hacerlo antes de que la palabra sea pasto de las lepidópteros. La poesía de Juan Antonio lucha entre el surrealismo y la veracidad del sentimiento, entre la vida como ausencia y la vida como búsqueda de un sentimiento auténtico, incontaminado. Como Eluard, navega entre el amor y el compromiso social. Es el más romántico, el buscador de vida auténtica, de amor genuino, de los matices del paisaje, se “alimenta de todo”, quiere vivir los infinitos matices de la vida, comprender cuanto amamos, y, parafraseando a Kazantzakis, ve “la libertad” como un “canto solitario”, que “queda vencida entre la nada”, y como el poeta griego, viajero

incansable, ha buscado el amor viajando por el mundo del deseo (“he pedido siempre encontrarte/alguna vez/viajando por el mundo”). Vida, libertad, amor y recuerdos se condensan en la lejanía del mar (“Cartas, sobres, humo, ¡Qué lejos el mar!”), que, como la vida, se le escapan de las manos al poeta que anhela vivirlo todo.

Alfonso Lorente era el chico bueno por excelencia, siempre afable y cívicamente comprometido con pacífico espíritu, como su escritura, la cual había seguido cultivando durante su vida, pero sin llegar a publicar un libro. El poema que lo retrata es “Las bicicletas”, donde el mundo tierno y “educado” de la infancia-adolescencia se refleja en ese objeto y en el ritmo que propicia, el ritmo de la vida y la amistad. Pero, como en los demás compañeros, las hormonas del deseo hacen acto de presencia en algunos de los poemas: *Quiero beber*, *Recuerdo triste*, *La muchacha era un limón*, y en otros versifica sentimientos sin estridencias (*Enero*, *Sólo pido*), mientras *Porque quería abjurar* poetiza la pulsión erótica de su propio deseo reflejado en el deseo que embarga a la amada de escapar de la insulsa realidad. Esa pulsión incorpórea lo hace mortal y humano, es decir, erótico, como diría Bataille, porque el erotismo nace de la conciencia de ser

mortal. Por eso el poeta pretende *Vencer al viento*, ir más allá de los deseos, no “sólo beber el limón” si con ello “el mar me dejó vacío”.

Y si comencé por el último termino por el primero, Carmelo Vera, cuya poesía se hermana con la de Antonio Marín por la pulsión erótica que invade sus versos, una fuerza que persigue el lánguido y dulce amor, aunque sabe que el amor es éxtasis, vida y muerte, corrosión y pureza, penumbra y solaridad, pero, también trasgresión, por eso el poeta se convierte en virgen y en esposa (*puella anima*), que, en el fondo, no es sino la reunificación del *animus* y del *anima* que relata Jung, unión de contrarios e imposibilidad de unión. Esa pulsión real y mítica, consciente e inconsciente, es la que vive el “eterno adolescente”, tal y como luego se llamará el único poemario que ha publicado (2007), en el que ha reunido esta etapa de su poesía.

Ignoro por qué yo aparezco el primero en estos balcones, puede ser que mi deseo de anonimia de la edad presente fuera en la edad florida avaricia por ser el primero del grupo. Y también ignoro por qué Antonio Marín, siendo el mayor, figura el último, aunque, conociéndolo, quizá su bonhomía estaría intentando camuflar su edad de treintañero para prolongar su juventud. Así

se gestaron estos balcones y así quedarán para la historia.

Las promesas que esta parva de versos dejaba asomar las reconocerá el tiempo, único juez que domina los avatares de la vida y la literatura. Nosotros, quinta del 84, los que quedamos, sólo queríamos dejar constancia de nuestra existencia poética cuando ya sólo tres existimos humanamente. Al menos, para que sirvan los versos de esta quinta poética para los futuros anales de la historia de la poesía en Cartagena.

Carmelo Vera Saura
Mar Menor, agosto 2022



Imagen del año 1985. De izquierda a derecha, sentados: Antonio Marín Albalade, Cati Martínez Saez, Juan Antonio Rubio Saura y Alfonso Lorente Esteban. De izquierda a derecha, abajo: Carmelo Vera Saura y Bartolomé Nieto Munuera.

Carmelo Vera Saura
(Cartagena, 1961)

POÉTICA

Y allí en medio nuestro personaje,
voyeur en las sobriedades y pringado en las
ebriedades... directo heredero de los
malditos decimonónicos... los últimos
bohemitos de este siglo, los últimos
transgresores...

...Su poesía no pertenece a este
mundo, porque vive con tal intensidad que
gravita fuera de la ley humana...

...Algún día os diré que soy feliz y no
me creeréis.

I

“LA vida es tenue si la amas.
ardiente si la deseas”,
me oías decir
igual que durase un beso inacabable.

Bajo el sol mediterráneo
la felicidad parecía ser otra cosa,
algo más hermoso con aire
de abundancia o isla soñada.

Algo debió cegar mis ojos
cuando tu carne se incendió
en la tarde.
Algo portentoso dislocó mi cuerpo
como un viento de oro sobre las viñas.

Brillaban tus brazos, tu cabello...
el aire que reverbera y seduce...
Allí, entonces, no soñase más vida.

II

EN la habitación iluminada
sestea el silencio
de tu cabello incendiado.
Frente al espejo
peinas tu belleza lánguidamente.
Desde el hermoso seno,
goce oculto y diáfano,
hasta el charco de luz
que enarca tu cuello lúcido
la vida hiere con tenuidad
el horizonte del sentido.

La luz filtra su tibia locura.
Por la pared del tiempo
lleva el amor la yedra,
y en el balcón, verde y solar,
la marihuana se bebe nuestra
alma terrosa.

Sólo queda el rímel
para asesinar la belleza que nos queda,
y abandonarnos.

III

NUESTROS miembros serán
como huríes que se acarician
entre el suave almizcle de la siesta,
después de errar como jóvenes felices.
Quedará el afán de haber muerto así,
desnudos y violáceos frente al mar.

Vendrá una brisa de oriente
a trenzar la armonía en nuestro cuerpo,
a embalsamar el aroma de las magnolias
bajo el cielo ocre y sensual de la tarde.
Nos acercaremos a la perfección de la
penumbra.

Pesará en nuestro cuerpo la belleza,
la sensualidad de la muerte
que nos dejara jóvenes, purísimos.

IV

IMPOSIBLE retener tanta belleza,
tanto labio perfecto,
tanta cintura elocuente.
Niñas azules rondan
por la piel del día.
La ciudad es una diosa
que acaricia con el hechizo
de sus velos.

Ilimitada es la mirada del placer,
el amor es infinito
y la felicidad deslumbra.
La sábana es fresca
para violar al hombre y sentir
el viento húmedo de primavera.

V

**HOY me he dado cuenta
de que puedo vivirlo todo:
soy un eterno adolescente.**

VI

RECUERDO el futuro de la carne.
Unos labios bellísimos me ciegan.
Siento que la verdad se disgrega
como el rumor de los cuerpos.
Adoro las mentiras de la tierra.
Es un ocio muy hermoso.
Vivir los lirios de la fascinación,
la belleza madura de les cerezas.
Comprender le noche y el lenguaje
cuando me acarician los sentimientos.
Tras mi oficio de vivir
hay una hermosa épica de amor,
única hechura que me salva
del tedio al ocaso y del recuerdo a la vida.

Todo tiene un precio.
El mundo está prostituido.
Yo soy la virgen prostituta.
Vertiginosamente miro un cuerpo joven.
La tentación es dulce y corrosiva.
Pero mi alma está llena de pureza,
soy la esposa del paraíso,
ese mito azul y carnal.
Ah diosa de belleza,
sedúceme y sé feliz.

VII

DONDE los cuerpos se moldean extensísimos,
y expresan su más feliz unión,
como si un raro milagro prolongara el deseo
para retener ese placer inefable,
fenecida la pasión, la belleza olvidada,
en un destino imperecedero, deífico,
jóvenes en la juventud,
amantes que ocupan el cielo de junio
en la madrugada inolvidable.

Allí acaba la vida,
las cosas que no merecen vivirse.

VIII

AQUELLA siesta caímos
sobre un lecho blandísimo.
La casa en penumbra me traía recuerdos
de otra habitación
que había herido mi adolescencia.
La penumbra es un ideal de perfección
que amo inmensamente. En ella habita
la belleza ambigua. El placer mítico.
La sombra se bebía nuestros muslos,
la dulce leche de la piel que sólo
entonces gozaba, lejos
de esos días largos sin sentido.
Nunca quise pensar
que era un tiempo terrible y excitante.
Todo era tan incierto.
El aire de la tarde me acariciaba
con lánguido placer. Tanta dulzura
dejaba perderse en el horizonte
y olvidaba la vida.
Quedaba la penumbra, ese mito íntimo,
como un hondo sentimiento que nunca
traspasa la realidad. Está más allá.

Bartolomé Nieto Munuera
(Cartagena, 1959-2014)

MAR-E-MAGNUM (casi una poética)

Tampoco es precisa que exista la eternidad. Lo importante es perder la noción del tiempo y, sobre todo, saber callarse lo inefable cuando se ha conocido su belleza instantánea. Todo ello en favor del vértigo, la poesía y todas las gargantas posibles. Lo grandioso es que debajo de cada palabra sólo cabe encontrar los hilos cortados de una marioneta. Por eso, hay que seguir sal

tan

do.

Cumbre

siguiendo la cañada
las piedras ralas de la montaña
me hacen camino

medrando la angostura
de su silencio
reverdecido de lúpulo
subo
en el solidario pestañeo del viento
que me entrega a su altura

y
desde el cerro
presiento el alma del mar
resbalando mis ojos al abismo
en el beso recóndito del aire

las infinitas olas del tiempo

No hagan sufrir a los cristales
Federico García Lorca

como una música perdida de jazz
que apenas roza la nada
que habremos de vivir
el verbo desconocido que ya
nos ha condenado y su hostil lenguaje
hecho de vidrios que un día
se habrán quedado humeando
sobre la arena dormida
de una playa en el sur

el velador sostiene miradas
que atraviesan los cerebros
y se juntan en la cúpula cierta
de un sol vago pare decir
que no existimos más

Tu voz
aún
no ha golpeado mi silencio:

lo incierto
que se sabe más cercano
y el “adagio” enterrado
en el vuelo abierto
de una tarde
que no ha sido

anuncios por palabras

...o dime tú,

 flor laberíntica
metida en la sangre del caballo
alejandrino que nunca he visto

 el vientre que hollaré
 mano por labio
 los pechos que se darán
 bajo la luz silente
 del té, del gato, del tresillo

dime, pues,

si para cerrar los ojos de delirio
has de vestir ingenuidad
lo que sólo es grito de pereza

y es preferible

que tú me escuches
porque no soy
la barca triste de un cisne
ni látigo mordaz de la ignorancia

no sea

que una estúpida melancolía
se caiga en medio
de tu mejor poema.

los ojos de la princesa
fijos en el borde del cosmos

son el asombro
de cada estrella

don necesario
que a fuerza de ser bello
ya es voluntad del universo

Pero... ¡es tan hermosa! (Bécquer)

La verdad es que
nadie ha dicho adiós, pero
si sólo fuera escribir a contratiempo
saltar fuera del huevo a contradanza
no me darías la ciénaga de ojos
que ya han rebasado la mística ribera
de todas las contradicciones

¡ahórcate virgen y estéril!
que mayor grandeza no cabe
entre las piernas de un fantasma

informe meteorológico

el café derramó
la velada excrecencia
de la tarde

—suficiente poesía—

NO TE PONGAS LOS ZAPATOS
para salir de noche,

el sol descansará unos días
antes de secar tu maquillaje

intermedio musical

**venid, dulces vaginas,
porque de tanto escribir
tengo los labios secos**

un paso
de alas estúpidas
medra el aliento
de la menta calva

en un segundo anclado
de ardor
en la nostalgia

recuerdos
que aún no he inventado

tertulia blanca

los amigos se dedican poemas
y violáceas noches templadas
por un alcohol de sábanas
que jamás se acuestan

saltan de la acera
a un libro
como el guiño incomprendible
de los semáforos

comparten cafeteras y
sueñan con Mozart un ascensor
lleno de manos tendidas

y a cualquier hora de un lunes
remisos de aplacar la borrachera
se encaraman de luz a las entrañas
besan un cigarro y por el sexo
aprenden la verdad de los portales

A whiter shade of pale (Procol Harum)

como en los cuentos
la muchacha que tropieza con tu exultante
y distraída simpleza del verano
te enseña postales
maravillosamente antiguas
y sus dedos apenas se separan de la mesa
para darte
—en medio de Louis Armstrong—
dos sonrisas y unas señas
en las que nunca me detuve
pero que un día recibieron
ese extraño impulso
de las ingenuas noches de agosto

aviesos peregrinos del alcohol:
jamás encontraréis la carta
ni su rastro inacabado
CON SU BLANCA PALIDEZ

el hombre negro de las manos blancas

Old man river

pudo haber sido nuestra canción
pero
hablar del amor es difícil piedra
que hay que desbastar a golpe de labio
y al consumir la veta derretida
de su oráculo
—disciplinadamente indefenso—
sólo te queda esperar
que el tren voraz de los recuerdos
no te esconda las notas graves
del piano que más te gusta

Senos entre burbujas

ojos negros

rasgando

el alcohol

que nos brota en las manos

Cati Martínez Sáez
(Cartagena, 1965-2021)

POÉTICA

Las palabras —que tienden a atraerse— se van acercando hasta ofrecernos cualquier imagen. Las imágenes se confunden anacrónicas, supliendo intensidades inacabadas o tal vez saturadas; y aparecen mujeres, mariquitas, personajes asexuados... Todos juegan en escena, todos buscan la estética de los sentidos en cualquier paisaje de la historia.

...Y ser tuya
en habitaciones tenues y antiguas
en las que se haya amado
durante muchos años;
entre la caricia polvorienta
de un cabaret empapado de humo
y perfumes intensos,
de mujeres bellas y frías
que se abrazan agresivas,
dulces y sugerentes
como una trompeta.

...En una cama de metal dorado
que apaga sus reflejos
en luces discontinuas de la noche,
donde yacen nuestros cuerpos
entre sábanas de suave algodón
y los negros encajes de mis ropas.

...En el fuego que prende
cada nota, rasgando el aire
en su agudeza,
haciéndonos temblar
en sus brazos generosos de pasión.

Bellos, los infantes
degustan los manjares,
bambolean dulces granos,
desprendidos de succulentos racimos,
entre sus virginales manos
manchadas de jugoso néctar.
El sol se mezcla entre
sus rizos suaves de primavera,
yacen en el juego placentero
de azahar; repleto de los olores
del huerto de limoneros.
Y ríen llenando el tiempo
difuso de su estancia,
irrumpiendo en los trinos
vibrátiles de exóticas aves,
quebrantando cual un nenúfar
la quietud del estanque,
...navegando en la aurora marchita
que se despliega en pupilas claras.

En el recodo del lánguido cuello
penden manantiales de seda escarchada,
surcadores de senos y carnes blancas,
huye hacia el delirio de la sombra
allí donde nace el resplandor ebúrneo
de su juventud más hermosa.

Sus manos se deslizan
como plumas de tibieza
en la cintura de Marzo.
Supurando sus dedos
la fragancia ebria del deseo.
El mar reposaba sobre la arena
saciada de caricias recordadas.
La madrugada se extiende
rojiza y suntuosa sobre la playa
se desviste de la noche
con su amor más lejano y antiguo
que cubre sus pasiones vespertinas.

Stella, Stella, suplica anhelante la brisa,
donde yacen lujurias de dioses desterrados.

... Y eres la más bella canción
que lame los sentidos
prematuros de la aurora.

Mediodía

Muerte, deja tu nombre desgarrado.
Zalamera la muchacha andaba por
entre las callejas dejándose llevar
por el ritmo de los piropos que marcaban su peso.
Quiero verlo exprimido
del cadáver más rancio
que yace hastiando la tierra de desasosiego.
Se escurría sinuosa entre las gentes
estrafalarias de los mercadillos
divagando sus pupilas burlonas
entre la bisutería y el gitanyo
que la asediaba revoltoso.
Harapos de cendales
cubren tu desnudez ajada
prominente de pellejos y hueserías,
incongruente y tibia.
El mediodía con ímpetu
deshacía el aire sudado
y caían gotas de miel fundida
que pegajosa se adhería a
los cabellos dulces de la bella;
a bocanadas de oscuridad
se marchó el día
y la muerte
quedó esparcida
por un viento suave
sobre los ojos de los curiosos

que se acercaron a ver
las ropas todavía húmedas
de la muchacha
derretida bajo el Sol.

Podría ser la hiedra
que asciende con medida
hasta alcanzarme el vientre,
o tú... acallado
en la tarde antigua del lienzo.

Descubrí cómo atisbaba a sus ojos
la expresión tímida del amor ilícito;
y el amado, tierno, exhaló en su sonrisa
un reproche de amor profanado.
Lo adoraba en la pureza de un
talismán de escarcha,
que emanaba la perfección inevitable
de Apolo redimido.
Sublime armonía de la naturaleza
caprichosa.

Y aspiré un aire térreo, denso de pasiones,
impregnado en la esencia fragante de
la noche oriental, pincelada de prusia
nevado.
Anhelé un instante de su amor profundo
y en un abismo lo rehusé
enervado por almas incorpóreas
que se hastiaban de desasosiego,
que se desgastaban de amor desnivelado;
el uno inmerso en amor,
el otro en amor deseado.

La luna está redonda,
calla en el silencio del patio de luces;
la luna no me habla,
los niños duermen
arrecogidos bajo las sábanas.

Un pirata de piel salada y cabellos de sol
asaltó mis ojos inconscientes
rasgando un corazón de plata en mi impotencia,
abordó mi barco y fue prendido.

El desprecio de no sentirme
ante los ojos de una perra que fornicaba
y quererte...

Llorar en mí por todo y su recuerdo.
Entre alcohol y leche,
la válvula estalló en el cuerpo frágil
y acompasado por notas incoherentes;
deseé las ruedas sobre mí
pero una mariposa me elevó entre sus alas.

La luna no me mira, mañana tampoco,
porque estaré enclaustrada hasta que
renazca la vida de entre las flores.

Juan Antonio Rubio Saura

—Luis Almuerzo—

(Cartagena, 1957)

POÉTICA

Preferiría no decir, me he desnudado tanto en el silencio, que las palabras aletargan lo que se ha perdido.

La risa es un pañuelo, suena a bruma cuando se inventa. Yo no voy a inventar nada, todo está inventado entre el amor y el dolor. Un sonido de guitarra se eleva hacia la noche, la voz me gusta cuando se llena de pasión y el ritmo suena potente.

Ella ha dejado un hueco en su vacío, ya no hay balcones que mirar, ni peldaños que subir, no tengo la culpa de nada, las manos se emborrachan con palabras, cada sensación es un color, notas y pinceladas suben al carro de la belleza, que espera en la calle lleno de cartones. Si no escribiese sobre el hambre, no merecería la pena escribir, porque el mejor poema está en la vida.

La otra cautela, la imaginación, es un placer que siempre comparto, pero deseo

con vosotros compartirlo todo, hasta los ojos y la llanura, o quizás los ruidos del vecino.

Pondrá piedras para que los misiles no salgan, el viento correrá como una guitarra, alguna vez cuando deje de empezar, la lluvia traerá la alegría que traen los días cuando se recorren y no se piensan.

En la ausencia del tiempo
los náufragos lloran
barandillas de papel,
descienden su ánimo
quebrado
hacia el Sur
donde columnas de palomas
muestran el cielo
a los niños.

Flores hermosas y blancas
abren un ojo en el patio
sube la mirada entre los montes
se eleva la vida, toco silencio.

Pasan los hechos sucedidos
como montones de ombligos
en un río incesante y tremendo,
queda ausencia, estoy despierto.

Verde luz, me alimento de todo,
esta fuerza, llegar a comprender,
humedecer los días, crear la queja,
el patio del amor donde residen
mis huesos.

La ciudad musita de recuerdos
tan lejos tu boca me escucha,
apreté tu cuerpo carne extensa,
densidad cubierta de mujer.

Siempre tú en cualquier pensamiento,
¿Por qué corres y corres desolada?
La vida en sus caminos sin retorno,
mi amor hermoso, ha ido para ti,
más dentro.

Días nublados después de perderme,
espero de ti un regreso que sube por mí
como los días, tan sólo deseo de invierno,
¿deseo o sueño? me has dejado vivir,
pero estas realidades de la vida
son fragmentos al lado de tu ternura,
tú con olvidarme no ganas sino tus
sombras.

Te invitaré, sacrílego es el amor
rostro de perfume intenso
como azucena escapa,
golpe en la llanura, tenue acueducto.

La libertad es un canto solitario
un pensamiento denso
como flor madura que rompe,
y queda vencida entre la nada.

A los ojos de dos
nos abre el paraíso su entrada,
murmuramos quejas, oraciones, lápidas,
lo fortuito nos orienta
signos de amor en un hueco,
pobres soledades las nuestras,
¿Por qué el miedo se adelanta?

Llegan las estaciones
tu rostro se ilumina
entre los árboles
el mar nos salva,
he pedido siempre encontrarte
alguna vez
viajando por el mundo.

Tu risa felicidad
me ha robado el corazón
el musgo,
aproximarme a tu misterio,
así veo el Sol
y tus contrastes.

Un descenso el lugar donde laten
los fracasos, las ilusiones de siempre
junto a una mujer que no huya
y que no me tome por loco.

Porque toda la locura es un invento
como se inventa la vida.
A estas horas, nadie cree lo que se dice
del futuro, pero hay futuro,
os aseguro que sobre las gentes,
florecerá la bondad, en los amantes
no habrá tristeza, y sobre el mar
correrán tus caprichos, como en la tierra
tu soledad derriba fronteras.

Qué placer me enciende la tarde
sobre el monte y el paisaje seco,
sobre árboles frondosos como amigos,
desnudo sobre todas las miserias
con el sexo escribo aire,
en el centro de todo,
en su vacío y en su cuerpo unos ojos indefinibles
escuchan mi esperanza,
que no es verde, ni distinta a la tuya,
que no tiene rosas ni paisajes, pero
que crece y se vuelve vieja
con la ausencia.

Otoño y el invierno
están cerca
los ríos necesitan amor.

Palabra encantada
en un paseo respondes
como hojas de deseo.

Toda la gente
es lenta como el mar.

De los espejos muertos
la aurora
endeble esperanza,
el tráfico de ayer
frío de invierno,
un parásito extraño
en los árboles cuelga,
se van las voces del día,
en una habitación un vecino
golpea su médula,
en una habitación un amigo
entre la sombra y la pared
me espera.

Sobre el café, la mesa,
palabra, caballos,
señales de uso,
ámbito que acompaña
tantos impulsos,
impulsos que tras las noches
se pudren de amor.

Más y más cimas
todas las llanuras
son de paso.

Un árbol
una noche
para crecer más alto
sólo los minutos.

Cartas, sobres, humo.
¡Qué lejos el mar!

Alfonso Lorente Esteban
(Cartagena, 1960-2017)

POÉTICA

¿Escribir? ¿Hacer poesía? Tarea de aquellos que nos sentimos pequeños en el lenguaje cotidiano, que buscamos más allá de la lógica de las palabras, frases artísticas que se aproximen a expresar con gracia y belleza, con pasión y sensibilidad, cosas como “me muero por tus huesos”, “siento que el sol hoy es mi corazón”, “te estás perdiendo, ámate”, “te regalo una estrella”, “me siento olvidado”, etc., etc.

La poesía es además, conocimiento de un mundo sensible que permanece oculto; conocimiento, reflexión y comunicación de momentos transformadores, galopantes contra la corriente de un sistema hábil en ropajes y frialdades. La poesía es una cuestión de urgencia, una exigencia que nos interpele diariamente para extraer más sentido a nuestros cuerpos y trayectos vitales. La poesía en sí misma es revolucionaria, un ejercicio de personalidad, de diferencia, de dignidad, —...ha de serlo— y sobre todo, una explosión de ternura y sangre—sangre que

es tiempo mezclado con el aire de la gente amada y de los días— una expresión apasionada, vehemente, enloquecedora, que nos tense con alegría, locura, contradicción... al mundo utópico al que nunca renunciaremos.

Hay niños
que se abrazan a ti llorando,
recogen toda la pena de un suceso
y te ensucian de amor hasta los ojos.

Hay amigos
que llegan con el alma a pedazos,
amargos de tanta indiferencia,
pidiéndote un silencio lleno de rosas.

Hay mujeres
que te dejan en dolencia de isla,
oscurecen las comisuras de los labios
y vuelan luego para no volver nunca.

Quiero beber
en los bares de tu cuerpo
que el tiempo acerca
con sus dulces playas,

extraer borracho de amor
el sabor a sábado de tu alma,
llegar a ti lleno de cerveza
para inventar el mundo de la
cebada líquida,

quiero abrazar tus sueños
enternecidos por la música tarde
de los bares y romper de una vez

la delicadeza necesaria
con la que he rodeado tu vida.

Las bicicletas

Inesperadamente
las bicicletas
simulan caídas para
demostrar que viven
y descubrir un poco
su soledad de hierros.

Tiene la lluvia
una ternura distinta
para caer sobre ellas
y los niños las miran
sorprendidos por su equilibrio
y sus cambios de ritmo.

Las bicicletas descansan
en los parques apoyadas
educadamente a los árboles
y las palomas se acercan
pare escuchar sus viejas
historias de caminos.

Imitan la forma de
andar de las nubes y
una vez que se las ama
te llevan a los paisajes
donde la soledad
abandona al hierro.

Recuerdo triste del estío pasado
me trae este duro cristal de sol
que deja desiertas las calles en
que yo deseé como las olas en la
tierna superficie de la arena
hundirse aquel cuerpo tuyo que
sabía de la amarga soledad
que hay detrás de todo.

Enero

Los meses que se llamen Enero
conquistan los paisajes de la lágrima.
Suben con melancolía y por las buenas
provocan una mueca y un silencio.

Se instalan con un frío dolor
de ausencias y se hacen tus amigos.
Se mezclan contigo y clarifican
con luz de nube una a una las penas.

Luego, no te dejan nunca, ni quieren;
duran toda la vida, se van uniendo
todos y un día consiguen elevar
a tu altura toda la tristeza.

Te hubiera dado el mundo

Luis Cernuda

Porque querías abjurar
de un mundo a ti diminuto
te deseé con más fuerza
que nunca cuando apoyada
en la barra lucías tu jersey rojo
y en tus ojos veía todo el
azabache
con el que mi alma
perdería su inmortalidad.

Sólo pido
claridad de secreta sangre,
pues me aburren
esos vuelos del alma,
ese entretenimiento de
no amarse.

Vencer al viento

Antes que dejarme
pelear con los deseos
y sacarles su sable y su ortiga
bebiendo arena con ron en un caballo.

Escalar los paraísos del veneno,
morirme en una duna
como si fuera tu pecho deshaciéndose,
como si fuera tal cosa
dejar de existir por un beso.

Abajo los entusiasmos inútiles,
la ténebre puñalada entre risas,
ese tenue dolor de no escucharse.

Abajo mi afán de selenita hacia los cuerpos,
mi aparente verdad por un suspiro.

Quiero ir allá, allá lejos desolarme,
inundarme de nada y vencer al viento.

La muchacha era un limón,
y en el limón estaba el mar.
La muchacha ácida, ágil se
desprendía tierna en la arena.
y la arena, su piel más ancha, suave.

Bebí del limón, me sacié de caracolas,
a su paso todo el mar me dejó vacío.

Tampoco quedó la muchacha,
aquella muchacha de limón y arena.

(Vacío como la habitación
que da al mar en invierno).

Antonio Marín Albalade
(Cartagena, 1955)

POÉTICA

*Y aún da gracias
si salvas la piel.*
José M^a Álvarez

Para ser mi propia poética, o acaso imposible, cultivo apenas un labio que tiembla y en el infierno su cielo a 4 patas. De ahí que escriba como un animal azul, las cosas que se fechan sin emoción ninguna, o tal vez mi propia ira por debajo del estómago, las lunas que me lobé...

(Quizá miento directamente para salvar la palabra, su piel).

Dedicatoria

(A Ana Inés dormida hace un año)

El mar niña inmóvil tiene surtidores de ojos
verdes
Que lloran con diligencia tu belleza soñada
bajo
El Arco de la Plaza de Santo Domingo y
celdas
Oscuras de racimos donde se teje la angustia
De un beso frío o la tristeza de una ciudad
hueca

De Águilas a Yecla el mar niña eterna como
un cilicio
Grave reduce la cintura de la muerte y te
regresa pero no
Nunca del todo maldito arrepentido nunca
del todo

Niña inmóvil niña eterna
Niña imposible niña infinita qué pena
Nunca sabrás cómo obedecen de amor
sometidos a tu recuerdo
Los peces de colores en estas manos
Ni porqué tiembla en esta noche sin sueño
El Arco de la Plaza de Santo Domingo
Frente a tu fotografía querida niña
Nunca

Así duermes
Niña infinita niña imposible
Niña eterna niña inmóvil niña
Qué pena

(Verano de 1983)

Reloj de vidrio

La nocturnidad del viento trae palabras
duras puras

Como cristal traduciendo tormento al
silencio

Rumor de tiempo muerto bajo tu alma
Y la estás velando
Y la estás velando

Nunca más te dices nunca más alcanzar
El brote emocionado de una mano en la
eternidad

Un golpe de niebla te extravió
El manual secreto para enamorar princesas

Todo yace tarde y desordenado reloj de
vidrio

No sabes qué hora es
No sabes qué hora es

**Inútil intento de belleza a la espalda de mi
alma**

La tarde tiene agujeros de mina sin oficio
para el sol
Imposible de tu pelo y todo es lento como mi
oído
Cuando me dices de gaviotas y barcos y no
te toco

Qué solitarios relojes navegan los espacios
apretados
De tus brazos hacia qué hora y tus piernas
delgadas
Y tu cintura azul y tus pechos cargados qué
inútil
Intento de belleza a la espalda de mi alma

Callan deseos eléctricos tus labios al grito
De tus ojos inflamados y todo lo hermoso
que hay en ti
Se hace cuerpo de amor y aroma
No así mi tormento

Toda la fuerza de mi sangre a favor de lo
imposible
¿Podré amarte?

Mi corazón se ha doblado como una

**herradura
y quiere ser caballo pasado mañana**

Me gustaría tanto

**Me gustaría tanto jugar contigo al ajedrez
Andarte en un zapato verde
O coserte las uñas a mis ojos ahora que
Los cocodrilos desfilan
Su moda íntima de invierno
Bajo un cielo purísimo de betún y suspiro
Ahora precisamente**

Cuando amarte sería

**Repartir besos como perros
O caricias como almohadas
En el radio nocturno de una pedrada
O en la carnicería de la niña seccionada
Que busca a su madre
Tras un hueso de linterna
O bien estudiar un pecho en la mano o
Las propiedades marinas de tus piernas
O bien desnudarme el pulso del reloj
Y avergonzar el tiempo en tu muñeca
Me gustaría tanto**

Higa Vademecum (Fragmento)

Mas pronto el sueño se hizo invierno
Cuando como cuchillo de nieve el filo
De tu placenta
Desamaba en segundos de gong
Mi ser enfermo su último combate

Yo sólo pedía la inmortalidad
De mis gusanos en ti ahí ahí mismo
Donde la raíz anciana del fruto abortado
Peinaba sus íntimos bucles narcisistas
Frente a la calva de un sapo verde
Que se autoescupía sin medida
Estériles juegos de prestidigitación
Con la bazofia anillada de su vientre

Yo sólo pedía yo sólo quería
Estudiar el sapo desde tu vitrina
Llorar la raíz anciana en su punto

Pero tú ibas más lejos
Honda y piedra en mi frente
Heriste el conocimiento
Mi ser
Enfermo su último combate

Cuerpo nocturno

Noche del corazón Neruda caracolas
El mar golpea sin descenso 20 m. más abajo
De la superficie donde se cubica
El automóvil que sueña fríos barcos oscuros
A los costados tú y yo insatisfechos

Escucha es la hora en que las palabras
 confunden el silencio
Del reloj desesperado que peina la espesa
 cabellera
De los años perdidos con la leche cuajada en
 los muslos

No las oigas corre la sangre
Exprésate de un dulce golpe de abandono si
 eres hembra
Déjame ser hombre que acaso te amo y temo
 perderte

Callas
Nada se desviste tan rápido como una
 mentira
Cuando ya tu dictadura celeste ha
 inventado el muro sordo
De la vergüenza araña metálica para mis
 ojos
Y ahora te preocupas

Porque aún se pudren en tu boca los últimos
besos
Del juego del error

Sé que nunca te desnudarás para lavarte del
engaño
Ahí me duele
Porque deseé como nunca amarte cuerpo
nocturno

Los gatos

Los gatos no creen en Dios ni en las pistolas
No son paternidad de los gatillos
Aunque se piense lo contrario

Los gatos fotocopian estrellas en patuscritos
Azules como sus pisadas

Los gatos son tan antiguos como el crimen y
el hombre
Se cree que un gato es un tigre reducido
a saltos o
Una extremidad desarrollada en un guante
de luna luna

Los gatos son tan altos como el misterio y
Tan largos como un coche fúnebre

Si un gato muere su muerte
Se multiplica por 7

ÍNDICE

Quinta del 84, 7

Carmelo Vera Saura, 19

Bartolomé Nieto Munuera, 29

Cati Martínez Sáez, 45

Juan Antonio Rubio Saura, 55

Alfonso Lorente Esteban, 67

Antonio Marín Albalate, 79

Ediciones Vitruvio

Colección Baños del Carmen

Últimos libros publicados:

Rival del sol, poesía completa, de Miguel Hernández	Imago Amoris, de Eduardo Martínez y Hernández
Escalando el muro, de Javier Olalde	Casquería romántica, de Oscar Magadán
Almas entrelazadas, de José Eduardo Mohedano	Lugares y límites, de Sonia María Riera Gata
Mientras respiro, de María José Pérez Grange	Iconos, de Pedro López Lara
Raíz del corazón, de Modesto González Lucas	Ética y retórica, de Santiago A. López Navia
Canto natural, de Juan Pedro Carrasco García	La ciudad y el ruido, de Manel Lacarta
21 de marzo, de Cova Sánchez-Talón	Las fachas del límite, de Eduardo Crespo
	Maitemindua, de Luis Fernando Crespo Navarro

Palabra dicha, de Ignacio M ^a Muñoz	Ciento cincuenta voltios, de David Alberti
Lluvia Amor Muerte Poetas, de Isabela Basombrio Hoban ⁶⁴	Que nada se olvide, de Álvaro Fierro Clavero
Oh, lago, de Leonardo David Segado	Ayer es mañana, de José Elgarresta
Desde la punta del pozo, de Bolita Lomas	Y ahora sorpréndeme, José Ramón Silva
Peces y mariposas, de Luz Lescure	Playa sin mar, de Eduardo Crespo
Luz de intervalo, de Esther Alonso Romera	El mar mientras duerme, de Santiago Gómez Valverde
Las flores del mal, de Charles Baudelaire	Madame Podeva, de Natalia Ruiz-Poveda
En mi cuaderno de viaje, de Carmen Maga	El hombre que alimentaba su alma, de Sergio Macías
Declaración jurada, de Manuel E. Castillo	A la tarde, de María Paz Otero
Siempre Domingo, de Pascual García	La ingravidez que somos, de Antonio Ríos
Escribir Silencio, de José A. Alfonso	La ilusión del indulto, de David Minayo

